

y el cesarismo renace en toda su desnudez, y los nombres cristianos se abandonan por *bárbaros*, latinizando los prenombrados ó tomando en su lugar los paganos, y se llama *Júpiter* á Dios, *diosa* á la Virgen, *Padres conscriptos* á los cardenales, *augures* á los obispos y *asnos* á los monjes; Savonarola es quemado vivo por los adoradores del Renacimiento, y Lutero acecha el momento de tomar por asalto, como Mahometo, la Constantinopla romana, arrojando sobre el Occidente una nube de bárbaros no menos temible que la que acababa de caer sobre el Oriente, ambas semejantes á las que habían arrasado en el siglo v la antigua sociedad pagana.

No creo que V. me tache de exageración estas líneas; su asombrosa erudición de V. anotará seguramente con la memoria y la imaginación estas páginas mejor que yo pudiera hacerlo en muchos días revolviendo libros y papeles.

Pero por si alguno que no posea, no ya la colosal erudición de V., pero ni aun la pobre y cada vez más arruinada que yo supe juntar, creyera exageradas estas líneas, tachándolas de vanas y huecas declamaciones, cúmpleme recordarle aquí las obras de aquellos

renacientes, la mayor parte eclesiásticos, como Ficino, que daba culto á Platón, manteniendo siempre encendida delante de su imagen una lámpara; que llamaba al *Criton* su segundo evangelio, y, parodiando el Evangelio de San Juan, aplicaba las palabras referentes al Verbo de Dios á Juan de Médicis, reservando á Lorenzo del mismo nombre las palabras relativas al Padre Eterno; de aquel Ficino que ayudaba á morir al *gran Cosme de Médicis*, al *Padre de las letras renacidas*, leyéndole las obras de Platón, cuya lectura prefirió aquel pagano á los últimos consueños del sacerdote; del ilustre renaciente Pomponio Leto, que se arrodillaba todos los días ante un altar erigido á Rómulo, y que fundó una de aquellas academias en que se sacrificaba anualmente un macho cabrío en el aniversario de la fundación de Roma, y que se negaba á leer obra alguna en latín, posterior á la decadencia del Imperio, incluso los Santos Padres y la Biblia; de aquel Bessarion, que anunciaba la muerte de su *maestro*, el impío Gemisto, diciendo que ya podía emprender en el cielo con los espíritus celestes la *mística danza de Baco*; de aquel Policiano, que se quejaba de que se prefiriesen los sal-

mos de David á sus propias composiciones ; de aquel Bembo, que escribía á Sadoleto que no leyese las Epístolas de San Pablo , para que su latín bárbaro no corrompiera su gusto con aquellas futilidades indignas de hombres serios ; de aquel Beroaldo, que canta sus amores sacrílegos, y sus hijos sacrílegos también, en versos que, juntamente con su piedad , alaba Bembo ; de aquel Sannazaro, que no pronunciaba el nombre de Jesús porque no era latino; de aquel Sadoleto, que, á pesar de su austera piedad, recitaba de memoria los versos más impúdicos de Bautista el Mantuano ; de aquellos Guicciardini y Maquiavelo, que consideraban la religión como un gran medio de gobierno y de represión, por el imperio que ejercía sobre los tontos, á pesar de que la religión y la Iglesia habían acarreado la ruina y la deshonra de Italia; escritores cuyas obras protegían, sin embargo, aquellos pontífices del Renacimiento que llamaban *inteligencia hermosa* á Lutero, que se valían de la excomunión para proteger la propiedad literaria del Ariosto , que se despojaban de la púrpura y se coronaban de laurel para improvisar versos latinos ante la exhumación de una estatua de la antigüedad, y

que se coronaban de modo que hubiera podido preguntarse si era el Pontífice de la religión pagana el que iba á coronarse, pues á las alegorías é inscripciones gentilicas se unían los elogios de cardenales como Bembo, el cual decía al tribunal apostólico que León X había sido elegido *por el favor de los dioses inmortales*, llamando *diosa Lauretana* á la Virgen de Loreto, y haciendo escribir al Papa mismo cartas en que, llamándose á la Santísima Virgen *diosa*, se pedía el auxilio de un monarca *por los hombres y por los dioses*.

Y todo esto , mientras acaso en el fondo de misteriosos antros se realizaban ya las últimas consecuencias del Renacimiento pagano, inscribiendo su nombre Pomponio Leto como Pontífice máximo del Paganismo renacido, y tejiéndose la corona de lauro que apareció suspendida sobre la puerta de la habitación del médico de Adriano VI al día siguiente de la inesperada muerte de este Papa, enemigo del Renacimiento ; corona en torno de la cual se leía : « *Al libertador de la patria, el Senado y el pueblo romano* ».

No quiero alargar más esta carta, que al fin y al cabo va dirigida á V. , recordándole cómo, á pesar de todos estos errores, la obra

del Renacimiento literario fué incompleta, pues si la adoración de todo lo pagano pudo rehabilitar los vicios del Paganismo, el arte griego no pudo resucitar á impulso de aquel falso movimiento de galvanismo, extraño á todas las energías de la vida. El mismo idioma latino perdió su precisión filosófica en los escritores renacientes, sin haber adquirido, por propia confesión, la elegancia y la fluidez de los grandes escritores clásicos, cuyo uso, norma del lenguaje según ellos, y cuya pronunciación les fueron totalmente desconocidos.

Pero aunque comprendo que como literato sostenga V. la superioridad del latín del Renacimiento sobre el latín de la Edad Media, no lo comprendo si lo sostiene V. como filósofo. «La belleza de una obra científica es naturalmente púdica, ha dicho un filósofo de este siglo, y esquivo todo ornamento que no sea la propiedad en los vocablos y el orden de su disposición en el discurso.» ¡Qué bueno fuera que Santo Tomás, por ejemplo, en vez de aquel estilo cuya *densidad metálica* ensalzaba Gratry, y cuya exactitud precisa enamoraba á Balmes, que decía que Santo Tomás *pesaba las palabras como metal*

*precioso*, estilo que comparaba Lacordaire con los «lagos límpidos», y con los «cielos transparentes», porque dejan ver la verdad en sus mayores profundidades, como aquellos dejan ver los peces y las estrellas, y que el P. Secchi compara, por su celeste serenidad, «con el mismo verbo de Dios», usara un estilo de Renacimiento, en que, después de invocar á los dioses y á las musas, sacrificara á la triste parodia de una frase de Cicerón, la precisión de una palabra técnica de la que pendiera la inteligencia de un misterio divino de la religión católica!

No; las lenguas no son ni pueden ser *Fétiches*, objeto eterno é impasible de la adoración de las generaciones que pasan; la lengua tiene que ser, ante todo, fiel expresión de nuestros pensamientos, y á una nueva religión y á una nueva ciencia, un nuevo idioma. Sólo que, así como la religión católica no destruía la naturaleza, ni la sociedad, ni la ciencia, sino que las purificaba y dirigía, así la Iglesia no destruyó el latín, antes bien hizo de él su propia lengua, menos armoniosa acaso á los oídos de un retórico, pero más propia para explicar los sublimes principios de la metafísica cristiana, infor-

mada por los misterios divinos de la religión católica.

Vives, el mismo Vives, á quien V. tanto respeta, lo dijo, si no mienten los autores, en estas tres científicas palabras: «*A christianis christiane*». Que lejos de considerar como *bárbaras*, como hacían los renacientes italianos, las letras sagradas, decía que los escritores cristianos eran iguales con frecuencia en elegancia y belleza, y á veces superiores á los antiguos.

Deshecha, á mi parecer, esta clave fundamental del error, ó mejor de la preocupación que avasalla hoy su ingenio, seducido por los brillantes recuerdos de una literatura que V. posee y en cuyos senos ha penetrado V. tan adelante, merced al gran conocimiento de las lenguas sabias de la antigüedad que V. tiene, réstame sólo recordar, que si bien es cierto que, además de la soberbia, de la codicia y de la lujuria del heresiarca y de sus corifeos, fué efecto también la Protesta de la envidia salvaje de los herejes (pudiéndose considerar la Reforma como brutal retroceso del grosero espíritu germánico contra el espíritu latino cultivado y brillante en aquellos días), no es menos cierto que la Reforma encontró pre-

texto y causas á la vez en el malhadado Renacimiento, que le dió ocasión con sus vicios, y fuerza con sus elementos, que le preparó el terreno, descristianizando las muchedumbres, y que le franqueó la entrada en la cristiandad, siendo causa de que no se le pusiera pronto y enérgico remedio, y de que los sabios renacientes, más fuertes en Platón que en los Santos Padres, no esgrimieran armas contundentes contra el monstruo de la herejía, hasta que de España, sobre todo, vinieron aquellos grandes escolásticos, hijos fieles de Santo Tomás, que, más apartados del movimiento renaciente, combatieron á la Reforma con las bien templadas armas de la Edad Media.

Lutero, discípulo del humanista Trebonius, asombro, según Melancton, de la academia de Erfurth por sus conocimientos renacientes, que le hacen ensañarse, joven aún, contra la *barbarie escolástica*, y despreciar las Sagradas Escrituras, hasta el punto de confesar que á los veinte años no había leído una línea, y que hasta cuando, herido por el rayo, abandonó la vida mundanal por el convento, llevaba debajo del brazo, como preciosas reliquias, á Plauto y á Virgilio; Lute-

ro, encanto de la Universidad de Wittemberg, foco del humanismo en Alemania; Lutero, que, haciendo coro á Hutten, á Reuchlin y á Erasmo en sus burlas sangrientas contra la Edad Cristiana, contra la escolástica y contra las Órdenes religiosas, esa trinidad odiada por el Renacimiento, la Revolución y la Reforma, se deshace en elogios de las bellas letras, del latín y del griego renacientes; Lutero, que ante la Roma de los Médicis siente retorcerse en sus entrañas el torcedor de la envidia, que le hace deprimir lo que ambiciona, y que, como aventurero que en día de saco entra á sangre y fuego en una ciudad para gozarse con sus riquezas y placeres y destruir las que no puede utilizar, arrojando el nombre de sus vicios á la frente ensangrentada de sus víctimas, clama contra los vicios paganos que cuidadosamente guarda entre los pliegues de su hábito, para adorarlos en Alemania; Lutero, que mientras esmalta sus sermones con los nombres adorados del Renacimiento, quema con las Sagradas Escrituras las obras de Santo Tomás, tan odiadas de los renacientes, y que mientras proclama la emancipación del pensamiento, la emancipación de la carne y la emancipa-

ción del estado, esto es, el racionalismo, el sensualismo y el cesarismo, los tres principios fundamentales del paganismo que rehabilitó el Renacimiento, se desata en diatribas contra Santo Tomás y la *iglesia tomística*, como llama á la Iglesia católica, prueban evidentemente lo que ya dijo Erasmo del Renacimiento y la Reforma: «*Ego posui ovum, Lutherus exclusit*».

Y no se olvide V. que Erasmo es, á la vez que juez autorizadísimo en la materia, prueba incontrastable de lo que afirmo.

Erasmo era la personificación del Renacimiento por excelencia. No es pedante como Pomponio Leto, ni ignorante como Pomponazzi; no es pagano como Ficino; y aunque para él vale más saber griego que saber todo lo demás, y aunque no se cansa de atacar á la escolástica, á los frailes y á la Edad Media, y aunque el *pobre* Lutero, según él, no ha cometido más pecados que atentar contra la tiara de los Pontífices y contra la panza de los monjes, se conserva, al menos exteriormente, dentro del campo católico, y, sin embargo, V. recuerda aquel dicho común tan elocuente que atestigua la casi identidad de estas dos personificaciones y de estos dos

movimientos: «*Aut Erasmus lutherizat, aut Lutherus erasmizat*».

No, no cabe negarlo. Los críticos modernos más amantes del Renacimiento y más enemigos de la Reforma, lo confiesan; por más que no hace mucho que el original Letamendi haya llamado al Renacimiento *la Grecia en gracia de Dios*, frase que hubiera seguramente indignado á los renacientes italianos, más cuidadosos y amantes que de la gracia de Dios, de las *gracias* y de los *dioses*. Pero aun disculpando á los renacientes, no se puede negar que en ellos encontró, aun á pesar suyo, sus auxiliares la herejía, sin contar los que la siguieron, que no fueron en menor número; pues, como el conde Alberto de Carpi escribía á Erasmo, que lo reconocía también: «*entre los alemanes, todos los amantes de las bellas letras se han convertido en fautores de Lutero*».

Como en Italia, aparte aquellos espíritus inconscientes y tímidos que siempre se detienen en las premisas, los demás se habían entregado al paganismo por completo, no puede negarse, so pena de negar la historia, lo que con frase elocuente confiesa un partidario del Renacimiento en nuestros días:

«*Que la tea de la Reforma se encendía en la antorcha del Renacimiento*».

Por las mismas razones que nos prueban de dónde nos vino la enfermedad, se prueba de dónde nos vino el remedio.

A la sociedad cristiana paganizada no le quedaban más que tres caminos: ó morir pagana como Cosme de Médicis en brazos de Platón, ó precipitarse en brazos de Lutero con Melanchton, ó volver los ojos á la fe de los grandes días del Cristianismo, como el Magnífico Lorenzo volvía en sus últimos instantes los moribundos ojos, apartándolos de las maravillas neo-paganas que decoraban su estancia, al tosco Crucifijo de madera que le presentaba la diestra del mártir *tomista* Savonarola.

Europa siguió este último camino, y Europa se salvó. Recordando que allá en el siglo XIII, en el momento más crítico de su existencia, cuando por todas partes la cercaban peligros, Santo Tomás la salvó, con su doctrina, de los errores aristotélicos, averroistas y escolásticos, del cesarismo pagano, del fatalismo oriental, del antimonaquismo universitario, del racionalismo y panteísmo claustral, del kabalismo judaico y del misti-

cismo de los herejes, volvió los ojos á esta doctrina, con la que Juan de Montenegro había vencido á los griegos en el Concilio de Florencia, y Torquemada había brillado en Basilea, y Fr. Diego de Deza había comprendido á Colón, y Cayetano había asombrado á Italia y á Alemania, y Vitoria había restaurado las Universidades europeas; y llamando en su auxilio á los grandes tomistas alemanes como Getino, polacos como Stono, ingleses como Fischer, italianos como Tomás de Vio, clamó con ronco acento hacia España, donde el Renacimiento propiamente tal no había penetrado apenas; donde el estudio de las lenguas sabias se utilizaba imprimiendo la *Poliglota complutense*, en vez de las obras impúdicas de la antigüedad pagana; donde en lugar de Erasmo brillaba Vives, y donde, como efecto á la vez que como causa de todo esto, se cultivaba el estudio de Santo Tomás; y España entonces abrió los claustros gloriosos de sus conventos y sus Universidades, y envió contra el monstruo de la Reforma aquel batallón sagrado de teólogos tomistas que pelearon en Trento, derrotando al protestantismo para siempre con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que á

cada paso se consultaba, deteniendo las deliberaciones hasta conocer su opinión, á pesar del desprecio con que la cubría el Renacimiento; plagiándole hasta sus palabras mismas para ponerlas en los decretos del Concilio, á pesar de estar escritas en latín bárbaro, según los pedantescos renacientes, y colocando su obra magistral, la *Suma*, juntamente con las Sagradas Escrituras, en la cima más culminante de la cristiandad verdaderamente renacida, y esto en pleno siglo xvi.

En tanto Lutero, ejecutando la sentencia que contra unas y otras había fulminado el Renacimiento, lasquemaba, constituyéndose en su verdugo; y tanto él como todos sus secuaces, considerando á los renacientes, ó como adversarios de escaso mérito y valor, ó como auxiliares, sólo decían al atacar los alcázares del Cristianismo: «*Tolle Thomam et dissipabo ecclesiam Dei*». A lo que los doctores cristianos, defendiéndolos, contestaban, arrojando de sus manos á los adoradores de Platón: «*Consulamus divum Thomam*».

Que tanto en uno como en otro campo, venidos ya á las manos y metidos en lo más recio de la pelea, se procuraba, para herir en

el corazón, despojar al enemigo de su pavés, y si buscaban las armas más templadas los enemigos de la cristiandad, la cristiandad del siglo xvi no encontraba escudo más resistente para defenderse ni arma de mejor temple para atacar, que la doctrina de Santo Tomás, forjada en los grandes días de la Edad Media por aquel gigante de la escolástica.

Aun considerando á los renacientes incompletos que pelearon por la verdad, los Papas que los habían preferido á los tomistas, debieron recordar aquella fábula del pastor que trocó su fuerte y poderoso mastín por diez gozques pequeños, creyendo resguardar mejor su rebaño, y que cuando vino el lobo, tuvo que buscar de prisa su mastín, porque los ladrones gozquecillos no impedían el destrozo de sus ovejas.

Si V., que es uno de los hombres que más respeto y admiro, no sólo por su erudición asombrosa en tan cortos años reunida, sino por su crítica atinada y lúcido criterio, se detiene, dejando aparte toda pasión de polémica y toda impresión de momento y de lugar, á considerar estas razones, no dudo, ni por un instante, que, aparte tales diferencias, convendrá V. conmigo en lo substan-

cial, confesándome sin rebozo que la mayor parte de los cargos que V. hizo al *tomismo*, fueron alardes de ingenio y de erudición con que V. quiso, parodiando los actos académicos de otros días, probar que se podían defender los excesos del Renacimiento, acaso con cierta secreta satisfacción del amor propio envanecido, producida por la íntima convicción de que entre los que cultivamos las letras no había ninguno capaz de deshacer su tesis de V., aun teniendo de su parte el auxilio de la razón y el testimonio de la historia.

Yo, después que V. me confiese lo primero, no tengo reparo en confesarle lo segundo. Así es que, en vez de pelear contra V., lo que hago es un llamamiento á su sentido moral, para que, no abusando más de la broma, sin deslustrar el mérito de Vives y las grandezas del Renacimiento español, que soy el primero en proclamar, contribuya V. con su recto juicio y su prodigiosa ilustración al glorioso Renacimiento cristiano, á que, después de tres siglos de Reforma, de Enciclopedia y de Revolución, estamos asistiendo en nuestros días.

Si V., atento á la voz de este llamamien-



to amistoso, no ve en estas páginas una tesis que combatir, ni en esta discusión un juego de retóricos, y encerrándose dentro de sí, y posponiendo sus tentaciones literarias y su arsenal de erudición á su deber filosófico, trata V. de restablecer toda la verdad en la cuestión presente, trocándose de mi adversario en mi maestro, nada me quedará ya más que hacer sino soltar la pluma, para batir con más facilidad las palmas, al ver cómo V. me enseña las paradas y respuestas que tienen las estocadas y tajos con que V. me maltrató en su epístola.

¡Qué carta entonces la de V., amigo mío!  
 ¡Qué gran vindicación de la Edad Media!  
 ¡Qué panegírico de la escolástica y del tomismo!  
 ¡Qué flagelación de los excesos del Renacimiento!  
 ¡Qué análisis tan profundo del Renacimiento español, tan distinto del italiano!  
 Como abogado del diablo en la causa de beatificación de la Edad Cristiana, el cual, al ver que por torpeza de sus defensores va á quedar sin honor el varón justo á quien tuvo por exigencias de su papel que atacar, restablece en su réplica la verdad sobre las virtudes de su alma y sobre la santidad de su vida, así V. en esta carta deshará con-

mayor crítica y erudición los cargos que amontonó V. en su acusación primera.

De seguro empezará V. acusándome de que no supe leer su epístola, en la que, además de los elogios ya citados sobre Santo Tomás y su doctrina, me recuerda V. que «hablaba como bibliógrafo español», y no como filósofo, al ponderar autores anti-escolásticos; que á la escolástica llamó V., «no una, sino las dos terceras partes de nuestra filosofía»; que á pesar de que «el *neo-tomismo* cobra de día en día fuerzas mayores en España, y que sus secuaces son tan respetables por su número como por su saber», «sería una *berejía* científica considerar inútil una reimpresión más de las obras de Santo Tomás en nuestra patria», á pesar «de haber sido tantas veces reproducidas por la estampa, de ser tan conocidas, de encontrarse en todas las bibliotecas y en todas las manos, y cuando en todo el orbe cristiano se trabaja sin cesar sobre sus admirables escritos y en cien formas se le expone y se le reproduce»; que aunque V. «no es todavía *tomista*, quizá lo será mañana», pues aunque, hoy por hoy, «es *vivista*», «el vivismo no es adverso al tomismo, ni mu-

cho menos»; antes bien lo considera «como un *hermano mayor*», razón por la que V. «lo venera, respeta y acata como puede hacerlo el más fervoroso de sus adeptos». Que si bien habló V. del *bárbaro estiércol* de la escolástica, debajo del cual se hallaba oro, según Leibnitz, añadió V. que Leibnitz «se equivocaba en lo del estiércol, como todos los de su época»; y que si bien dice V. que aplaude las invectivas del Renacimiento contra la *barbarie de la escuela*, á renglón seguido tiene V. cuidado de añadir, «que no es V. partícipe de la preocupación, en otro tiempo general, contra el lenguaje y estilo de los escolásticos», porque «sabe que, habiéndose encontrado con un latín decadente y de malas condiciones para la filosofía, crearon una lengua y un estilo especiales, analíticos y precisos», en la que «escribieron con vigor y con fuerza», y que aunque Santo Tomás de Aquino sobresalga más «como pensador que como artista, no ha de ser V. el que haga observaciones literarias tratándose de un Santo Tomás de Aquino»; que al ponderar la obra de Vives no halla V. mayor elogio para él que compararla con la obra de Santo Tomás,

y que, al ensalzar á los tomistas del Renacimiento, no encuentra V. alabanza más grande que llamarlos «dignos discípulos de Santo Tomás de Aquino». Que tiene V. buen cuidado en advertir que por lo general «no fueron *tomistas* los escolásticos que sucumbieron á la Reforma»; y, finalmente, que aunque «suscribe V. con todo el entusiasmo de que es capaz á los elogios que yo hice de los *tomistas españoles*, que constituyen una de las páginas más brillantes de nuestra historia científica», le aqueja á V. «el temor de haber hablado con irreverencia del luminoso, sublime y fecundo *tomismo*», por lo que encarecidamente me ruega «no considere su carta como un escrito *anti-tomista*, sino como *palabras ligeras* con que V., «encontrando demasiado tirante el arco por una parte, probó á doblarlo por la otra, quizá con exceso»; y después de darme esta lección preliminar para que «*aprecie su posición de V. respecto al tomismo*», me irá V. enseñando los quites propios de cada acusación con estas ó parecidas palabras.

Al cargo de que el tomismo no es la verdad total, porque ésta se encuentra en la deseada armonía de Platón y Aristóteles, y

Santo Tomás sólo tuvo en cuenta á Aristóteles, y Aristóteles incompleto, pues no le conoció en sus fuentes como le conocieron los renacientes, V. contestará diciendo que Santo Tomás tuvo en cuenta á Platón, como se echa de ver en los elementos platónicos que se hallan en sus obras, y que tomó, no sólo de Platón mismo, sino de San Agustín y demás Padres de la Iglesia griega y latina que le siguieron y de los místicos que le estudiaron; que lo que tomó de Aristóteles principalmente fué el método; y como lo que Santo Tomás tuvo que hacer fué, más que un tratado crítico sobre Aristóteles, una creación filosófica nueva en vista de los problemas suscitados por estos genios de la filosofía, y una refutación de sus errores, tal como entonces emponzoñaban á la cristiandad, le fué más útil conocerlo como lo conoció entonces, completado con nuevos errores y comentarios, para bien de la cristiandad y de la filosofía; y esto sin olvidar que escritores muy graves sostienen que Santo Tomás leyó á Aristóteles en griego, y sin olvidar que, á instancia suya, lo tradujo el famoso Guillermo de Moerbeke, renombrado orientalista.

Que al cargo «de que la escuela con Averroes y antes de Averroes había sido un semillero de herejes, como Scoto Erígena, Berengario, Abelardo y Roscelin», V. contestaría que estos herejes salieron en tiempo de la escolástica, y á su lado, pero no salieron de ella, sino á pesar de ella, como todas las herejías salieron de las verdades dogmáticas y de la Escritura, pero no producidas por éstas, sino á pesar y con ocasión de éstas; y de la escuela salieron los que las derrotaron, como San Francisco, San Anselmo y San Bernardo, Guillermo de Champeaux, Hugo y Ricardo de San Víctor, Alberto Magno, Alejandro de Hales, Enrique de Gante, y finalmente Santo Tomás, que los enterró bajo el inmenso peso de su gloria.

Que al cargo de que obreros del Renacimiento y no tomistas eran los que trabajaban en la *Poliglota complutense*, se debe contestar: primero, que falta averiguar si eran ó no tomistas algunos de los que trabajaron en la *Poliglota*; y segundo, que no se puede en justicia llamar obreros del Renacimiento (que llamaba á las Escrituras *letras bárbaras*, posponiendo su estudio al de Platón y alguno al de sus propias obras) á los que imprimían